

COVID 19. Las otras víctimas



Rosa Rodríguez del Cerro
Arquitecto Municipal
Socia de Asepau



Irene Gil González
Maestra de Educación Especial

Sin duda el año pasado habrá marcado para siempre muchas vidas. Todos hemos sido víctimas, unos de forma irreparable, y otros sólo habremos perdido algo de nuestra libertad y forma de vida, pero con la esperanza de recuperar el tiempo perdido. Sin embargo hay un grupo de personas que ha visto alterada su forma de vida, su entorno y su aprendizaje, sin que hayan tenido la oportunidad de entender por qué ni cuándo terminará: los niños con necesidades educativas especiales, a los que, de repente, se les cortaron sus posibilidades de conexión con otro mundo que no sea el de su familia inmediata, y que tan importante es para su desarrollo.

Testigos directos de estas dificultades son los profesores de educación especial que han visto cómo sus alumnos, primero interrumpieron abruptamente su aprendizaje, para sufrir un confinamiento que no entendían y comenzar de nuevo un curso que en nada se parecía a lo que tanto trabajo les había costado aprender. Irene Gil González es una de esas profesoras que tienen que explicar día a día la “nueva normalidad” a estos niños y quiere compartir con nosotros esta experiencia.

“ Soy maestra en un colegio de educación especial. Mi trabajo es conseguir que 4 niños de entre 8 y 10 años adquieran un cierto grado de independencia que les permita controlar esfínteres, vestirse, desplazarse y comer de forma autónoma, así como adquirir un sistema alternativo de comunicación que les permita entender y ser entendidos por los demás. ¿Sólo eso? Si, todo eso. Todo un mundo para ellos, para sus familias y para mí como docente. Todo lo que les permitirá, con mucho esfuerzo y mucho trabajo, ser individuos autónomos.

Las palabras que siguen a continuación nacen con la intención de dar visibilidad a la realidad de mis cuatro alumnos, ellos no pueden expresarlas, hoy la voz se la presto yo.

Hace un año su vida era como había sido siempre, no muy fácil a veces, pero relativamente estable y feliz. Hago hincapié en lo de estable porque una de las necesidades que tienen en común mis alumnos es la de permanecer en un entorno altamente estructurado, tanto espacial como temporalmente. Cualquier cambio, por muy pequeño que sea, puede causarles un profundo malestar.

Respondiendo a esta necesidad, la vida en un colegio de educación especial es así: estructurada y predecible. El día empieza con la asamblea, momento en el que les mostramos con pictogramas todo lo que acontecerá a lo largo de la mañana. Es necesario que sepan por adelantado todo lo que van a hacer y su orden: si tienen logopedia, educación física, música, religión o fisioterapia, así como cuándo y qué hay de comer ese día y cuándo iremos al aseo; la posibilidad de anticipar en cada momento qué va a suceder después fomenta su autonomía y les da seguridad.



Dicho esto, el 10 de marzo de 2020, por la noche, se anuncia el cierre de colegios en la Comunidad de Madrid. El 12 ya no habrá clase, lo que nos deja un margen de una mañana para preparar a los alumnos para un confinamiento domiciliario, con fecha de inicio pero no de fin. No era un fin de semana, que ya conocemos, ni siquiera unas vacaciones, que preparamos con meses de antelación. Un confinamiento domiciliario. Un no salir de casa, un no tener tu asamblea, tu profe, tu clase, tu logopeda, tu fisioterapeuta, tu música, tu patio. Un no relacionarte con nadie más que con tu familia inmediata. Un corte radical en tu aprender cómo relacionarte con los demás. Un reto mayúsculo y sin avisar.

Y llegó el confinamiento

El confinamiento lo viví desde el otro lado del teléfono y la pantalla. El objetivo principal se alejó un poco de lo propiamente curricular y pasó a un plano más socioemocional. Parte de nuestra labor como maestros se centró en escuchar a las familias y ofrecer pautas que les facilitasen el día a día. Fue una época muy dura para ellos; la ruptura de la rutina, la cancelación de terapias y actividades y la dificultad para conciliar les puso en una situación muy complicada.

Había que comprender a esos padres que notaban, con la desesperación añadida a la de la convivencia diaria, un retroceso en las habilidades adquiridas de sus hijos y hasta, en algunos casos, un incremento en los problemas de conducta y agresividad hacia sí mismos y hacia los demás. El tiempo vacío en casa y su necesidad de movimiento dieron lugar, en alguno de los niños, a dificultades para conciliar y mantener el sueño, llegando en algún caso a necesitar medicación.

Todas estas circunstancias, unidas a la incertidumbre de la situación, produjeron en las familias un sentimiento de abandono, soledad e incompreensión. Algo alivió la posibilidad de dar un pequeño paseo al día, paseo al que se aferraban como una liberación, pero era insuficiente. Ellos podían entender las medidas adoptadas para acabar con la pandemia, sus niños no.

Vuelta a empezar. ¿La nueva “normalidad”?

Tras unos meses duros, como cada septiembre empezó el cole. Pero este curso nada tiene que ver a todos los que dejamos atrás: el día a día ahora sucede con un poco de miedo y bajo unos estrictos protocolos de higiene y seguridad.

Al entrar al colegio lo primero que nos encontramos es un cartel enorme que anuncia que las familias ya no pueden acompañar a los niños dentro del centro. Nuestra comunidad educativa, siempre tan abierta, este curso se blinda para proteger y protegerse. Esto, entre otras cosas, implica que las tutorías con los padres se tengan que realizar de forma telemática, que puede resultar muy práctico, pero a mí personalmente me gusta sentir y ofrecer cercanía a los padres de mis alumnos. Al fin y al cabo soy la persona que cuida a su tesoro más valioso.

Inmediatamente después, dos enfermeras enfundadas de arriba abajo con material de protección, toman la temperatura a todo el que cruza la puerta del colegio.

Cada día los profesionales del centro llegamos media hora antes para cambiarnos de ropa, ponernos una bata y doble mascarilla para recibir a nuestros niños y llevarlos a su "burbuja": el aula.

Nada más entrar al aula ponemos en práctica dos rutinas nuevas: desinfectarnos las manos con el gel y guardar la mascarilla, que de momento dos de ellos ya aguantan durante el trayecto de la ruta al colegio.



La disposición del aula este curso es muy diferente, los juguetes y los materiales no están al alcance de los alumnos, y únicamente se puede hacer uso de aquel material que pueda ser correctamente desinfectado, además ya no se puede compartir ni hacer trabajo en grupo, lo que limita bastante la autonomía de los niños y reduce el abanico de tareas y actividades.

El día transcurre únicamente en dos espacios: el aula y el patio. Ya no hay acceso a la sala de estimulación sensorial, ni a la biblioteca, ni a la sala de música, ni al aula hogar, ni siquiera al comedor: todo sucede dentro del aula. Son los especialistas los que se mueven por el centro, ellos tienen un horario calculado al milímetro para intentar romper las burbujas lo menos posible y cada vez que entran y salen del aula se desinfectan la bata y el poco material que pueden utilizar.

Del mismo modo, el horario de patios ha sido reestructurado. Hasta ahora, este momento de la jornada era una oportunidad única para jugar y socializar con los alumnos de otros grupos y niveles, ahora la burbuja no se puede romper. Nuestro turno es de 11.45 a 12.15, aunque siempre intentamos alargar un poquito más para estar el mayor tiempo posible al aire libre. Al patio, previamente desinfectado, salimos los cuatro grupos de EBO 1, pero como los niños no pueden mezclarse, el espacio está dividido en cuatro parcelas en las que cada día vamos rotando para que todos puedan disfrutar de todas las zonas de juego. A día de hoy a los niños les cuesta un poco interiorizar la situación y entender que no pueden jugar con niños de otros grupos, pero poco a poco lo vamos consiguiendo.



Después del patio volvemos al aula, donde repetimos la rutina de higiene de manos y hacemos alguna actividad hasta que llega la hora de la comida. La rutina de la comida es un momento en el que tenemos que tomar especial precaución: Los alumnos comen dentro del aula. Como tratamos este momento como una oportunidad de aprendizaje, estamos presentes la tutora y la técnico educativo, quienes sumamos a nuestra indumentaria

una bata desechable, una pantalla y unos guantes, y con cariño y precaución enseñamos a los alumnos a comer.

Y a las 15.00 llegan las rutas y los niños vuelven a su otra "burbuja", su casa, su familia. Y así, de burbuja en burbuja, con estimulaciones reducidas, con comunicaciones limitadas, transcurre este curso de la "nueva normalidad".

Mis niños no pueden expresar con palabras cómo están viviendo esta situación. Pero a veces me dejan ver su disconformidad bajándome la mascarilla con cuidado para descubrir mi cara, intentando colarse en la parcela de otro grupo en el patio para jugar con otros niños o cogiéndome de la mano para llevarme a otros espacios del centro. Por mi parte intento que, a pesar de las medidas, ellos disfruten del cole todo lo posible, sientan mi cercanía y me vean la sonrisa en los ojos. A nivel personal no negaré el miedo al contagio y al de mi familia, a nivel profesional nunca podré rechazar el abrazo de ninguno de mis niños.

”

Después de este relato, queda patente que los padres, los profesores pero, sobre todo, los alumnos con necesidades educativas especiales están sufriendo de manera especialmente intensa las consecuencias de la pandemia. Niños que necesitan aprender a relacionarse con el entorno y con los demás, están siendo sometidos al estricto aislamiento que les imponen las circunstancias. Y aunque los padres y la comunidad educativa intentan paliar con cariño y dedicación todas las limitaciones, este periodo vivido va a costar mucho recuperarlo. Esperemos que la vacuna y las medidas que se adopten sean lo suficientemente eficientes como para volver a vivir en su normalidad, su "antigua" normalidad.